

viste ondear, cual épica galera,
la errante Asteria que cantó Virgilio).

Cuando al llegar la tarde con sus rosas
y su misterio y sus saladas brisas,
huyendo la tristeza de las cosas,
posábase en las dóricas cornisas.

Tal vez, en otros días, tu graznido
cruzó trágicamente las desiertas
ventanas de un castillo derruido,
sobre foscas océanos, abiertas;

Y quizá taciturnos aldeanos
aún te invocan sus haces recogiendo,
mientras dora el bermejo sol los llanos
y por el campo el buey pasa mugiendo.

Alción! Divino Alción! Amo tu vieja
patria y tu altar caído y tu lamento:
ave infausta, augural, cual la corneja,
hija del mar azul, hija del viento.

CORNELIO HISPANO

III

¿Y la de nuestros hermanos del sur?
Distingamos: Los centroamericanos,
los istmeños, nos aman. Son nuestros
próximos y nuestros prójimos. Allá
van, con la ilustre excepción de Costa
Rica, dando tumbos sobre cada uno
de los episodios de su historia, casi
tan atormentada como la nuestra. Nos-
otros también los amamos. Guatemal-
tecos, salvadoreños, hondureños y ni-
caragüenses, son nuestros, nuestros
por la raza y la tribulación, esto es,
por los más recios vínculos: el dolor y
y la sangre, la vida y la muerte. Mé-
xico debería disponer con más cautela
la economía de su propia casa para
poder asumir, no, ciertamente, un
papel director— porque los pueblos
libres, como los hombres libres, de-
testan la cordialidad de sus directores
espirituales— pero sí las nobles pre-
rogativas del hermano mayor. Sin
buena economía doméstica la econo-
mía política y la política internacional
son imposibles.

IV

Los pueblos meridionales, por mo-
tivos numerosos y diversos que no es
fácil formular en una línea, son los
más afortunados del Continente. El
sol argentino casi destella desde el
centro de su cielo. La estrella chilena,
que Darío vió levantarse, ahora irra-
dia sobre una tierra hidalga que afir-
ma con imperio: «por la razón o la
fuerza», como los caballeros templa-
rios u hospitalarios de la cruzada
legendaria. El Perú, otro pueblo ro-
mántico como el nuestro, prepárase a
hacer valer sus riquezas fabulosas de
la «sierra» y la «montaña», para dorar
los blasones supremos de dos razas,
en la vieja «Ciudad de los Reyes». Colombia, Bolivia, Venezuela y el
Ecuador asisten casi a su gallarda epi-
fanía. El Brasil, la segunda potencia
de América, contempla ante sí la inde-
finida perspectiva de sus triunfos
magníficos... Para todos estos pueblos,
México es una interrogación inquie-
tante. ¿Continuaremos los mexicanos
nuestra no interrumpida obra de ex-
terminio? ¿Cuándo—, se preguntan—,
la avanzada de la Raza depondrá el
acero y ocupará el sitio que el destino
le reserva junto a los otros grandes
pueblos del Sur? ¿En qué instante
propicio se agregará una *M* a las letras
que proclaman la alianza de la Liber-
tad y la Fuerza? ¿Cuándo, al *A, B, C,*
se añadirá la letra de México?...

Pasan los años. México, sin embar-
go, ofrece a América el amargo es-
pectáculo de la desunión de sus hijos.
Parece que la revolución constancial
es la forma categórica de nuestra
existencia. Hoy como ayer truena el

La opinión de América

I

MÉXICO parece creer que vive solo
en el mundo; y nadie vive solo
hoy. Naciones e individuos se solidari-
zan, cada vez más, en los episodios
de la historia contemporánea. En otras
épocas, los pueblos podían ignorarse
entre sí, y los individuos dedicábanse
a la vida cenobítica en las profundi-
dades de la Tebaida. No hay ya Te-
baidas. Vivir es vivir en comunidad,
cada vez más estrecha y pujante. El
carácter esencial de la civilización
contemporánea estriba en su universa-
lidad, en la socialización de las regio-
nes del planeta, en la concatenación
de los esfuerzos individuales y colec-
tivos.

El Golfo de México esconde a la
República. La cultura europea no
afluye directamente a nosotros, como,
rítmicamente, se derrama sobre las
playas del Brasil y la Argentina. Las
novedades de la vida londinense, los
movimientos íntimos de la vida de
París, refléjanse en Río de Janeiro y
Buenos Aires, casi apenas surgen en
Europa. Italia y España alientan en la
metrópoli argentina como en Roma o
Madrid. Nosotros pensamos que el ex-
tranjero se reduce y compendia en
Nueva York, menos aún, en California
o Tejas. Nada tan desagradable como
la fascinación que sobre nuestra socie-
dad ejercen los Estados Unidos. El
mundo es más vasto de lo que piensa
nuestra filosofía política; hay más co-
sas en él de las que por el norte se
insinúan. Europa de veras existe.

II

Existe, pero cuida poco de nosotros;
y, si no fuera por nuestro petróleo y
nuestra plata, casi no existiríamos
para ella. En Londres o París se espe-
ra que Washington decida sobre los
problemas mexicanos, para proceder,
en consecuencia. Por eso la opinión
yanqui nos es tan importante. Ahora
bien, en los Estados Unidos, México

no es de los pueblos predilectos.
¡Cuántas penalidades ominosas sufren
nuestros compatriotas si se internan
por los llanos inhospitalarios de Ari-
zona o pretenden desafiar las incle-
mencias polares de Alaska! Aquellas
tierras, que a todos brindan una pa-
tria, parecen cerrarse al mexicano.
Nuestra reputación de inveterados
combatientes nos deprime ante el pa-
triotismo yanqui. Nuestras desventu-
ras político-sociales nos han creado
una estimación inferior a la que mere-
cemos. Somos el vecino revoltoso que
regresa a destiempo a casa, disparando
su revólver, después de haber disfru-
tado alegremente de muchas horas de
la noche. Ellos son el buen burgués
que se recoge temprano, para no cons-
tiparse y disfruta *at home*, como por
allá se dice, de las delicias de la fa-
milia y la monótona serenidad de la
existencia. Su vida es como la de los
héroes de algunas novelas contempo-
ráneas, en que nunca pasa nada digno
de relatarse. La nuestra es como los
más complejos capítulos de Dumas o
Eugenio Sué; románticas pesadillas
que levantan en vilo al lector o le ha-
cen sonreír imperceptiblemente. Son
los Estados Unidos un pueblo juicioso,
demasiado juicioso; aplicado y unifor-
me, demasiado uniforme, pero feliz
dentro de su genial monotonía. En los
espejos de las tiendas de los barberos
yanquis, suele rezar un amable rótulo:
«procure usted reír»; y todos ríen con
una franqueza y una seguridad de
buenos muchachos. México es un pue-
blo triste cuyas canciones populares
van empapadas en lágrimas, como la
misma vida de la patria. No nos han
entendido nunca ni nos entenderán.
Son, para valernos de una expresión
perfecta, como todas las de Nietzsche:
«nuestra incompatibilidad fisiológica». México, el gran pueblo romántico, les
parece un absurdo; y, en el fondo de
su alma, acaso nos desdeñan. Su opi-
nión, en todo caso, no nos es favo-
rable.